

Libro noticario
6-16



Madrid

FECUNDIDAD DEL AISLAMIENTO

«I and this mystery, here we stand.»
(WALT WHITMAN: *Walt Whitman*, 45.)

EN la Introducción á su obra sobre *El valor de la ciencia*, el filósofo matemático H. Poincaré nos dice que para buscar la verdad hay que ser independiente, del todo independiente, mientras que si, por el contrario, queremos obrar, si queremos ser fuertes, es menester que estemos unidos. A lo que sólo hay que añadir que buscar la verdad, y buscarla desesperadamente, con *heroico furor*, como la buscaba Bruno, es un modo de obrar — *agir* — acaso el más intenso. ¿O es que esos grandes solitarios, buscadores de la verdad, como un Descartes, un Spinoza, un Kant, no obraron?

Pero es que los llamados hombres de acción buscan en la acción la dicha. Y en la verdad no hay que buscarla. «Si se tiene miedo de la ciencia — dice poco después H. Poincaré —, es, sobre todo, porque no nos puede dar la dicha. Evidentemente que no; no puede dárnosla, y cabe preguntar si la bestia no sufre menos que el hombre. Pero, ¿podemos añorar aquel paraíso terrestre en que el hombre, semejante al bruto, era verdaderamente inmortal, puesto que no sabía que tenía que morir? Cuando se ha probado la manzana, ningún sufrimiento puede hacernos olvidar su sabor y se vuelve á ella siempre.»

Sólo es inmortal quien no sabe que tiene que morir. Así les dice el pastor Addí á sus ovejas en el poema de Páscoli (*La buona novella*): «Tú sola vives, oveja, que jamás viste á la Muerte plantada en las enercujadas de tus senderos. Veo algún astro desvanecido que cae; muere también el astro. Pero tú, pagado el corazón, estás rumiando bajo los rocíos. Ay, oveja, sólo el que no sabe, no muere.»

O greggia, solo chi non sa, non muore.

Sólo son inmortales, ó el que no sabe aún que tiene que morir, el niño, ó el que lo ha olvidado ya, el imposible y verdadero sabio.

¿Se ha de dejar de buscar la verdad y de obrar por eso? El mismo Páscoli (*Il poeta degli iloti*) nos enseña que hace bien quien hace, y sólo el que no hace, hace mal.

Ben fa, chi fa. Sol chi non fa, fa male.

Cuando se ha probado el fruto más embriagador, el de hacer ó descubrir una verdad nueva, el de hacerse — que es hacer un hombre — se vuelve, á pesar de todos los dolores, á él siempre. Dice el Génesis (III, 16) que Jehová condenó á la mujer, por haber probado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, á parir con dolor los hijos, y el Cristo dijo (Juan, XVI, 21) que la mujer, cuando pare, tiene dolor porque es venida su hora; mas después que ha parido un niño, ya no se acuerda de la apretura por el gozo de que haya na-

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

eido un hombre en el mundo. Y el sabio solitario, sobre todo el perfecto, que es el verdadero ó imposible sabio, con el gozo de que haya nacido en él una verdad nueva y que pueda darla á luz á los demás, olvida todos los dolores de la rebusca.

¿Y cuál es la más íntima y fecunda verdad que un solitario puede descubrir? La más íntima y fecunda verdad que puede descubrir un solitario es su propia alma. «¡Creo en ti, mi alma!» — *I believe in you, my Soul* —, exclama Walt Whitman, el enorme poeta — un profeta — yanqui —. Y creyendo en su alma, creía en las de todos los demás; pues sólo





quien descubre la propia, descubre y ve en ella reflejadas, como en un espejo, las demás almas. Y con ellas la Historia, que es un cinematógrafo que sólo en la pantalla del alma propia civil se desarrolla. A un médico que me decía no haber encontrado el alma con el escalpelo, le repliqué: «sólo encuentra el alma, y no en muertos, el que la tiene, es decir, el que la ha encontrado en sí». Si no nos doliera, no sabríamos que le duele al que se queja de dolor.

Walt Whitman, en su poema *Walt Whitman*, se celebraba á sí mismo asumiendo lo que debemos asumir todos, pues que cada átomo perteneciente á él nos pertenece á todos, y se iba á la ribera, en el bosque, á desenmascararse y desnudarse, porque enloquecía por estar en contacto consigo mismo.

I am mad for it to be in contact with me

Se ponía en contacto consigo mismo, se abrazaba á sí mismo, y así descubría su alma y, en ella, las de todos los demás y la Historia, hasta en el trajeteo de las calles — *in the rush of the streets* —, pero mejor en la material soledad.

En el aislamiento encuentra uno en sí, no al hombre primitivo, prehistórico ó troglodítico, pues éste surge de la masa y es él mismo masa, sino al hombre nuevo, al hombre propio.

El naturalista alemán Moritz — ó sea Mauricio — Wágner sostuvo ya desde 1868 — el año de nuestra revolucionilla setembrina — que la separación en el espacio, la segregación geográfica, el aislamiento, produce más que la selección natural darwiniana nuevas especies. En islas se han encontrado peregrinas especies propias de ellas, y sabida es la singularidad de las faunas de Australia, Nueva Zelanda y Madagascar. Un cierto número de individuos, semejantes por lo demás á los otros, al encontrarse separados del resto de la especie por una barrera geográfica, han producido, por el hecho mismo de su aislamiento, caracteres nuevos. (Véase Ives Delage: *Les Théories de l'Evolution*, cap. XVIII.)

Y lo mismo en lo espiritual. Nuestras grandes sociedades macizas producen el hombre de término medio, el *averageman* de los ingleses, el *Durchschnittsmensch* de los alemanes, un cualquiera, un pobre diablo, un Juan Soldado, un Juan Lanas, un Vicente que va donde va la gente, un Don Nadie, un contribuyente — que no por eso ciudadano siempre —, en fin, sujeto á la ramplonería vecinal. La ramplonería vecinal es la ortodoxia civil y política. Y el hombre nuevo y propio, el que se encuentra á sí mismo en el aislamiento de la soledad, es heterodoxo. Pero con la verdadera heterodoxia. *Heteros* significa otro, y en cuanto su doctrina es la de otro, ya no es otra que la de este otro. No cabe, pues, comunión en la heterodoxia. Y hasta si el hombre nuevo, el aislado, abraza la doctrina de otro, es otra que en este otro. Si veinte solitarios miran al mismo árbol, ven veinte árboles diferentes, cada uno el suyo. Y por

eso, al llamarle cada uno con su nombre, se entienden entre sí. Porque nadie se entiende mejor que se entienden los solitarios unos con otros. La coronación de una buena inteligencia es un verdadero monasterio. Y ello es porque su unidad nace de ellos mismos y es una hermandad y no les une, como á los hombres de término medio, un poder externo. Y no hay á la vez nada más terrible que un monasterio ficticio y sólo aparente, un congregamiento, un careo duradero de Vicentes llevado á cabo, no ya por un pastor, sino por el mastín del pastor. Que son mastines, y no pastores, los que suelen acarrar á los hombres.

Miguel de Unamuno

